

## SÍ PODEMOS SER LIBRES

**Víctor Meza**

Claro que podemos, ¿por qué no? Tanto el Partido Libertad y Refundación (LIBRE) como el partido PODEMOS de España, tienen muchas similitudes y coincidencias, más que ideológicas y doctrinarias, históricas y temporales. Por lo tanto, aprender de ellos y conocer sus experiencias, no solo es una necesidad, es, sobre todo, una obligación política.

Hace poco, Juan Carlos Monedero, el tercero en la jerarquía política del partido PODEMOS y el primero en el diseño de su plataforma doctrinaria, rompió lazos con el resto de la dirigencia, en particular con Pablo Iglesias, la figura más descollante del partido, a causa de diferencias, más que ideológicas, de estilo y forma en la manera de conducir el novedoso e impresionante movimiento contestatario español.

Al momento de explicar su disidencia, Monedero, un académico y estudioso serio de la ciencia política, insistió en señalar lo que llamó “las dos almas” del grupo político que tiene asustados a los líderes profesionales del escenario político ibérico: “PODEMOS, dijo Monedero, tiene dos almas, el lugar de donde viene – la indignación, la irreverencia frente a lo existente – y el nacimiento del partido político, que lo sitúa en el ámbito institucional”. Esta conclusión, rotunda y correcta, por cierto, es consecuencia de otra, un juicio igualmente cierto y valedero: “cuando los partidos políticos entran en el juego electoral, empiezan a ser rehenes de lo peor del Estado”.

Algo parecido, guardando las distancias y, en especial, la dimensión y magnitud de los hechos, le sucede al partido LIBRE. Es el resultado de una simbiosis dialéctica, tan complicada como riesgosa. Nace en el torbellino de la oposición al golpe de Estado. Es, por lo tanto, fruto de una actitud de “resistencia”, de rechazo, de condena y repudio. Es la reacción emocional y casi violenta ante el atropello, la violación a la ley y, sobre todo, ante la arbitrariedad, el desenfreno e irrespeto de la voluntad de la gente para participar en las decisiones nacionales.

Pero, al mismo tiempo, en el momento en que el movimiento se convierte en partido, debe acoplarse a las reglas del juego del sistema, del mismo sistema que cuestiona y rechaza. Dialéctica implacable y siniestra que convierte al militante que protesta en las calles, en disciplinado activista político que recluta votos y busca simpatías en las mismas calles que antes había convertido en trincheras. Es la mutación del militante en activista, la inevitable reconversión del “disidente profesional” en ciudadano reclamante. Es la reconversión dolorosa, pero necesaria, del Movimiento en Partido.

No es nada nuevo. Es el tema de una antigua, muy antigua discusión en el seno del movimiento revolucionario y socialista mundial. ¿Deben, o no, los movimientos sociales incorporar sus demandas o subordinar sus reclamos ante las prioridades de los partidos políticos? No, la respuesta es contundente. Pero, eso sí, deben definir los límites que separan las demandas sociales y económicas cotidianas y constantes del movimiento social, frente a las demandas, cívicas y políticas, que presentan y deben presentar los partidos. La línea que separa ambos ámbitos puede

ser muy gelatinosa y resbaladiza. Por eso se requiere una conducción política, además de hábil e inteligente, respaldada por un liderazgo fuerte y legítimo. Así son las cosas.

LIBRE es, al igual que PODEMOS, un partido con dos almas: el alma que nació en la resistencia al golpe de Estado, fraguada en las calles y en la confrontación sangrienta y dolorosa, junto al alma institucional, la que nace en las actas del Tribunal Supremo Electoral y permite el ingreso de los militantes callejeros en el sinuoso y resbaladizo juego de la maniobra electoral. Eso, sin duda, tiene un precio. El precio que ya está pagando LIBRE, al ver a sus desertores, personajillos de flaco espíritu, abandonar las filas y sumarse, entre avergonzados y cínicos, a las filas del oficialismo, es decir, al bando contrario que los eligió. Que sus nombres y posiciones queden registrados, como dijo Jorge Luis Borges, en la Galería universal de la infamia.